sas semejantes; y quando hallaba la ocasion de ocuparse en alguna cosa baxa y despreciable, eso era en lo que sentía su alma un consuelo indecible. Con tal esmero se ocupaba en todo lo que correspondía á su condicion todos los dias, miéntras fué Religiosa, que las Monjas no podian mirar, sino con grande maravilla, que su espíritu noblemente educado ocupado en cosas grandes y decorosas miéntras vivió en el mundo, y lo que es mas que todo, que un espíritu tan absorto y ocupado en Dios, que su vida no parecia sino un éxtasis continuado, pudiese atender con tanta presteza, alegría y conato á unas cosas de tan poco momento. Mas á los ojos de una fe, de una esperanza y una caridad heroyca nada hay pequeño, ni de poca entidad, quando eso conduce al cumplimiento de la voluntad de Dios.

CA-

CAPÍTULO XXV.

Muerte de la Beata María.

Estas eran las acciones, en que se exercitaba en la Religion generosamente la Beata María, quando enfermó de muerte en el Monasterio de Pontoise, donde la destináron los Superiores de la Órden en el año de mil seiscientos diez y seis. El principio de su enfermedad fué una inflamacion del pulmon, que empezó á padecer el Miércoles siete de Febrero del año de mil seiscientos diez y ocho. La Priora viéndola enferma de tanto peligro, la preguntó si habia tenido alguna revelacion de que moriria de aquella enfermedad, á lo que ella respondió: *no, Madre mia: y añadió, yo no deseo tener revelacion alguna; ruego á Dios que no me la conceda, ni me haga saber el tiempo y hora de mi muerte: solo deseo que me asista en aquel momento con su gracia y misericordia.* Al sexto dia se mejoró, y se sintió aliviada; pero se mantuvo la calentura con un

 ve-

vehemente dolor de cabeza, sintiendo al mismo tiempo una desazon interior y exterior, que la tenia mortificada en todo su cuerpo, y la quitaba el sueño enteramente. Se mantuvo en este estado la enfermedad hasta el dia veinte y quatro del mismo mes, en el que fué acometida de una aplopegía y perlesía, accidentes que se le agraváron da tal manera, que todas las Monjas creyéron no saliese del dia, y aun la misma enferma lo llegó á creer así, sintiendo en esto un contento particular. Al siguiente dia se desvaneció todo, y vino á quedar solo con sus enfermedades ordinarias, aunque mucho mas debilitadas y perdídas las fuerzas. Á la una del dia dos de Marzo la sobrevino una convulsion, que empezó con perlesía en una mano: perdió el habla, y toda sensacion del cuerpo por el espacio de tres horas largas en dos veces, á presencia del Confesor, del Médico y del Cirujano. Luego que pasó la violencia de este acceso, se le administró el Sagrado Viático por dictámen de los Profesores, y ella le recibió con tal fervor de espíritu, y hablando al

al Señor con tan amorosas y tiernas expresiones, que quedáron edificados y compungidos todos los circunstantes. Sintióse muy agravada al siguiente dia, y aunque se alivió al anochecer, pero quedó muy debilitada, porque además del mal y tormentos que habia sufrido, no habia podido absolutamente reconciliar el sueño. El dia quatro de Marzo, una hora despues de la media noche, la repitió otro violento accidente convulsivo, semejante al otro, sin mas diferencia, sino que fué uno solo. Quando iba el accidente remitiendo su fuerza, era un espectáculo dulcísimo y suavísimo ver á la Beata con su pequeño Crucifixo en las manos, y oirla hablar con Dios, con nuestro Señor Jesu-Christo, y su Madre Santísima, sobre su cercana muerte, que esperaba con fortaleza y amor sin atemorizarse. La Religiosa que durante la tribulacion la sostuvo en sus brazos, no pudo evitar que notase algunas señales de su dolor al verla tan á peligro de morir, y habiendo la Beata advertido su pena, la dixo con un valor y fortaleza maravillosa: ¡*Ah*! *Hermana*

mia: yo ruego á su caridad, que no se asuste: ¿acaso no es preciso morir? Muera yo en hora buena, y hagame su caridad la gracia de llamarme á mi Confesor. Llamósele al momento, y se acercó á la Enferma, pero la halló tan engolfada y transportada en Dios, y en la consideracion de su grande misericordia, que nada oía de quanto él la decia, ni él la oía decir ni proferir sino estas palabras: *¡ó Dios mio! qué misericordia tan grande para conmigo: qué misericordia: ¡ó qué misericordia tan grande!* Pasóse en esto mucho tiempo, y por último preguntándola el Confesor si queria confesarse, respondió que sí, mas no pudo hacerlo por hallarse su espíritu transportado en Dios, y á qualquiera cosa que se la preguntase, no contextaba, sino con estas tiernas y patéticas expresiones: *¡ó mi Dios! misericordia infinita: qué bondad tan grande: qué grande misericordia para con esta vuestra pobre criatura: ¡ah misericordia infinita!* Despues de esto la repitiéron fuertes convulsiones, que con su violencia la maltratáron mucho, y volvió á perder el habla y sensacion del cuer-

cuerpo, pero siempre se mantuvo ocupado y fixo en Dios su espíritu, y habiéndole preguntado despues, qué habia hecho durante aquel silencio, y si habia estado pensando en su Dios, ella respondió: *creo que sí.* Luego que las convulsiones cesáron, y á que se aplicáron los remedios, que los Médicos juzgáron oportunos, se le administró el Sagrado Viático por tercera vez, que recibió con grandísimo fervor y expresiones de amor de Dios, repitiendo freqüentemente estas palabras: *¡ó gran Jesus! venid mi Señor: venid mi Jesus, y no tardeis en venir: venid, mi Señor, y si es de vuestro agrado, hacedme la gracia de no tardar mucho.* La Priora, que con todas las Religiosas creía estar muy próxîmo el momento, en que Dios la llevase para sí, la preguntó qué gracia habia de pedir al Señor en favor de todas, luego que estuviese en el cielo. Ella, despues de una breve pausa, como quien lo pensaba, respondió con la reverencia que acostumbró toda su vida: *suplicaré á mi Dios, que las intenciones de Jesu-Christo, tengan en todas un pleno efecto.*

Ro-

Rogóla tambien la Priora, que diese la bendicion á las Monjas, y ella levantando los ojos y las manos al cielo dixo: *Dios mio: yo os pido perdon del mal exemplo, que las he dado, y de la falta de caridad que con mis Hermanas he tenido*: y con esto encomendándolas á Dios amorosamente, las dió su bendicion, la que quiso la Priora que diese otras dos veces á intencion suya, y ella la dió como se lo mandaba. Se sintió tan agravada en todo aquel dia, que á cada momento la parecia que iva á espirar, pero su espíritu se conservaba tan sano, tan libre y vigoroso como si no hubiera padecido mal ó dolor ninguno; y llegando el Médico á visitarla, y preguntándola cómo se sentía, ella le respondió: ¡ *oh mi Señor, qué cosa tan suave es estar una criatura en las manos de Dios: qué dulce cosa es esta!* Cerca de las ocho de la noche se sosegó, como una persona que duerme dulcemente, cosa que en los dias anteriores no habia podido lograr, á causa de la extrema molestia que sus grandes males la daban todas las noches por lo comun. A la siguiente mañana quedó su espíritu como sorprendido, viéndose todavía viva sobre la tierra, y dixo á las Religiosas: ¡ *Ah! yo no tengo ya cosa alguna que hacer en la tierra: me es materia de sufrimiento el volver casi de nuevo á vivir: yo tengo el espíritu totalmente trocado, y á mí misma no me conozco: la vida me es gravosa y penosa: pero si quiere mi Dios que todavía viva en este estado, yo tambien lo quiero*: llegando á este mismo tiempo la Priora, la dixo: *Hermana mia, segun está su caridad de sobresaltada, creo que ha visto firmada la sentencia de la continuacion de su destierro sobre la tierra*: á lo que ella respondió: *en verdad, Madre mia, que sufro mucho en ver, que todavía vivo, miéntras nada me resta en la tierra que á mí me parezca; mas ya que vivo, me es preciso dar principio á una vida nueva para acabar de corregirme con la ayuda de Dios.* En el Miércoles catorce del mes de Marzo, fixó los ojos por mucho tiempo, con grande atencion y devotísimo afecto, en un quadro de Christo crucificado, que estaba al pie de su cama, y quedó tan suspensa y fixa en está con-

contemplacion, que parecia estar en un éxtasis; pero en lo mejor, y á las dos de la mañana fué de nuevo asaltada de sus convulsiones con mas violencia de lo acostumbrado; y llegáron á tal punto los insultos, los dolores y los desvanecimientos y vahidos de cabeza, y de todo el cuerpo en los dias siguientes, que la hacian dar voces, diciendo: *¿qué dolores son estos, qué dolores? Casi se me acaba la paciencia. Por caridad Madres, rueguen á Dios que me dé conformidad.* Pero luego volvia, y repetia: *Dios mio hacedme la gracia de que yo padezca. No me dexeis morir sin padecer.*

El Juéves Santo, que era el dia diez de Abril, la lleváron la Sagrada Eucaristía, que recibió con su acostumbrada devocion y fervor; pero por la noche, entrando el Viérnes Santo, la acometió un acceso de convulsiones, que la duró tres quartos de hora; y con la fuerza se mordía la lengua, sin saber lo que hacia, y se cortó con los dientes un pedazo de ella; lo qual todo el Viérnes y Sábado siguiente, la causó agudísimos dolores, y mas quando habia de tomar algun

gun alimento. Vuelta del dicho acceso, las primeras palabras que articuló, fuéron: *¡oh! ¡qué contenta estoy, y qué satisfecha del estado en que me hallo! ¡ó Dios mio, qué contenta estoy! ¿de dónde me viene á mí padecer alguna cosa por vos?* Despues de algunas horas pidió que la levantaran, y llevaran al Coro, mas viendo la Religiosa que la asistía, que estaba muy débil y agravada, procuró persuadirla á que nuevamente se echase. En este tiempo entró la Priora, y viéndola la Beata la suplicó humildemente que la conduxesen al Coro, diciendo: *Madre mia, una cosa suplico, si á V. R. parece bien; que me permita ir á dar gracias á Dios por tantas mercedes como me hace.* La Priora enternecida de su fervor, la otorgó quanto pedia; y así, habiéndola llevado al Coro estuvo allí como hora y media, que fué lo que duró el Oficio del dia, empleándose en fervorosísima Oracion, en besar y adorar la santa Cruz, que pidió la pusieran en las manos, bañándola con devotas lágrimas, sin embargo de que sus dolores, señaladamente de la cabeza eran tanto mas intensos

de lo acostumbrado, que fué preciso sostenerla quasi todo el tiempo que duró esta Oracion. Vuelta á su cama fué mucho lo que padeció como solía. Pero al dia siguiente sin hacer caso de sus tormentos, rogó que la llevaran á Misa, y la oyó hasta el fin. Á las quatro de la tarde del Sábado Santo pidió que la levantaran de nuevo para confesarse, con la esperanza de comulgar el dia de Pasqua. Y habiéndose confesado con profunda humildad, y copiosísimas lágrimas, y vuelta á su cama, la asaltáron con tal vehemencia sus dolores internos y externos, y la fatigáron tanto aquella noche, que aunque suplicó la levantaran para comulgar, la Priora no quiso venir bien en ello. Pasó muy mal el dia de Pasqua, y la noche siguiente, sin oir ni hablar palabra. Pero habiendo cesado algun tanto la fuerza del mal, la mañana del Lunes la lleváron la Sagrada Comunion, despues de haberse confesado de nuevo: y todos los circunstantes tuviéron el consuelo de ver enmedio de tantos y tan diferentes achaques, que en vez de menguar ivan siempre de aumen-

mento los hábitos heroycos de su fe, su esperanza, su caridad, de su resignacion, de su humildad, y de su paciencia. El Martes por la mañana la violencia del mal la causó un letargo, aunque sin perder del todo el uso de los sentidos. Viéndola á sí la Monja que la asistía, la preguntó, *si moriria con gusto*: á lo que respondió: *Hermana, no quiero vivir ni morir: solo quiero lo que quiere Dios, y nada mas.* Lo qual repitió cinco ó seis veces con voz firme, y con fervor de espíritu singularísimo. La mañana del Miércoles se adormeció, no habiendo dormido nada la noche antecedente; y el Médico fué de dictámen que la dexaran dormir quanto quisiera sin despertarla. Mas no fué sueño, sino una continuacion del letargo que la habia cogido el Martes, como se entendió de que se la oyó responder con acierto á quantas preguntas la hacian. Á las dos de la misma mañana la preguntó la Priora, cómo la iva, á lo que respondió: *Madre, mejor me hallo gracias á Dios.* Como una hora despues tornó á preguntarla: en qué habia pensado durante su adormecimien-

 to;

to; y poniendo las manos sobre el pecho como quien mostraba la confusion que sentia su humildad de haber de descubrir lo interior de su corazon, dixo: *en Dios, Madre mia.* Estas fuéron sus últimas palabras, porque acometida de tres accesos de convulsiones, uno tras otro, ya no la dexáron hablar mas palabra. En esto llegó de París el Señor Duval, su antiguo Director, quien oyendo que la Beata estaba en el último trance de espirar, y sin sentido, al punto fué á su celda para poderla administrar á lo ménos la Santa Uncion. Y miéntras iva haciéndolo con las ceremonias que prescribe el Ritual Romano, entregó la Beata su Alma á Dios, á quien siempre habia amado y deseado, á los cinquenta y tres años de su edad, entre cinco y seis de la tarde del dicho Miércoles, que fué el diez y seis de Abril de mil seiscientos diez y ocho.

PAR-

PARTE SEGUNDA.

VIDA

DE LA BEATA

MARIA DE LA ENCARNACION,

MONJA CONVERSA PROFESA,

DEL ÓRDEN

DE CARMELITAS DESCALZAS,

Y SU FUNDADORA EN FRANCIA.

CAPITULO PRIMERO.

Fama y opinion de santidad en que vivió y murió la Beata María.

Fué tal y tan grande el concepto y estimacion que toda clase de gentes, aun las mas respetables, tuvo siempre de la piedad singular, y santidad heroyca de la Beata María, miéntras vivió, que apenas se supo su di-